

PLATÓN Y HEGEL EN LA BIBLIOTECA: LA TEORÍA BIBLIOTECARIA DE ORTEGA

JUAN JOSÉ RIAÑO ALONSO

Buena parte de la biblioteconomía sufre una falta de perspectiva teórica que influye en la consideración de nuestro trabajo. Frente a esa biblioteconomía se analiza el pensamiento bibliotecario de Ortega y Gasset revelando su trasfondo filosófico, que le condujo a una concepción diferente del profesional de las bibliotecas y muestra un modo distinto de acercarse a la reflexión sobre nuestra actividad.

Ha transcurrido más de medio siglo desde que Ortega pronunciase *Misión del bibliotecario* ante el congreso de la IFLA de 1935. En ella el filósofo español se acercó —y este hecho no deja de ser sorprendente— a nuestra profesión haciendo una profunda reflexión sobre libros, bibliotecas y bibliotecarios. Ortega y Gasset no es, y él mismo lo reconoce, un bibliotecario, y sin embargo no es un profano del tema. El valor de su reflexión, independientemente de lo certero o no de sus conclusiones, se debe a que como filósofo hubo de repensar el proceso total de la cultura, proceso del cual las bibliotecas son evidentemente parte. En este caso, Ortega se sirvió de dos figuras señeras del pensamiento: Platón y Hegel.

Es la falta de consistencia teórica, de parámetros de pensamiento realmente eficaces, de reflexiones previas, lo que hace que ni nuestra profesión sea científica por mucho empeño que se muestre en ello, ni nuestra actividad respetada. La literatura bibliotecaria está llena la mayor parte de las veces de datos aislados y reunidos bajo la apariencia de un corpus teórico, cuando no de buenas intenciones que no pueden por menos que recordar aquello que Hegel llamaba el «alma bella» y que en última instancia era amoral. Poco se puede decir de auténtico valor si previamente no hemos dilucidado lo que la biblioteca puede ser (evidentemente algo más que un lugar en el que se adquieren, conservan y difunden libros y otros documentos) y qué carácter tiene la figura de bibliotecario (no sólo

alguien que con los debidos conocimientos se encarga de una biblioteca). Ortega se percató de ello y por eso lo revolucionario de sus conclusiones. Puede que cincuenta años después no tengan vigencia, que el desarrollo de las bibliotecas haya discurrido por derroteros distintos a los pensados por él. Sin embargo la ausencia de esa perspectiva, de cualquier perspectiva, hace que todavía hoy estemos discutiendo sobre el valor de nuestra profesión y su papel ante la revolución tecnológica¹, que se argumente con esa falta de parámetros de la que hablábamos sobre la naturaleza de nuestro trabajo², o que los intereses de las asociaciones internacionales no vayan más allá de lugares comunes y de las buenas intenciones a las que también antes aludíamos y que nos alejan años-luz de la «cientificidad» que se pretende para nosotros³.

1. HEGEL: EL PRESUPUESTO. PREHISTORIA DEL LIBRO Y EL BIBLIOTECARIO

Libros y bibliotecarios son según Ortega un fenómeno relativamente reciente. No surgen en Mesopotamia o Egipto como nos tienen acostumbrados los manuales al uso, sino que a lo sumo podemos retrotraer su aparición a la fecha de la invención de la imprenta.

Ortega recoge del hegelismo la idea de que lo verdaderamente humano y lo con él relacionado no se da en la naturaleza sino en la historia. La existencia de la profesión bibliotecaria depende de un algo histórico. Su definición, como la de cualquier otro oficio, no viene dada por la presencia del bibliotecario x, lo cual es al fin y al cabo meramente circunstancial, ni por un ideal abstracto de lo que constituye la profesión, que sería pura ilusión⁴. El que se ejerza una actividad ha de tener su razón de ser en el continuo histórico. También Hegel oponiéndose a la filosofía de su tiempo había afirmado que la ciencia no es patrimonio de ninguna conciencia particular (no se puede analizar la figura del biblio-

¹ Un triste ejemplo de ello, en tanto que anula y disuelve el concepto de bibliotecario, es: WEAVER, Maggie, *Library technicians and information technology go hand in hand*, en «Canadian Library Journal», 46(1989), n.º 3, pp. 149-150.

² Vid. MACÍA, Mateo, *Nuevas tecnologías de la comunicación escrita y profesión bibliotecaria*, en *Jornadas españolas de Documentación Automatizada* (3^{as}. 1990. Palma de Mallorca), Palma, Universidad de las Islas Baleares, 1990, pp. 913-926.

³ Vid. SPAULDING, Frank H., *Image of the librarian-information professional, a Special Libraries Association Presidential Task Force*, en «IFLA Journal», 15(1989), n.º 4, pp. 320-323.; BILLEDI, Ibolya, *The status and social prestige of the library and information profession, an international survey*, en «IFLA Journal», 15(1989), n.º 4, pp. 324-326.

⁴ Nótese que es lo que ocurre con la mayoría de los articulistas arriba citados.

tecario desde Naudé o Dewey), si bien tampoco es ajena a toda conciencia (como ideal separado), sino que se da en la historia⁵.

La existencia de bibliotecarios depende entonces de la historia, pero no de cualquiera. Nuestra profesión ha de relacionarse íntimamente con el libro, como es natural. La concepción del mismo determina la figura del bibliotecario y con ella su historia propia. A su vez esa concepción depende de la consideración que la sociedad tenga del libro, de lo que resulta que en última instancia la misión del bibliotecario tiene un origen y un carácter social.

Dejando intencionadamente a un lado el mundo clásico, Ortega encuentra que antes del siglo xv el libro posee dos sentidos fundamentales: el religioso y el legal. El libro no es tanto libro como revelación o código. Si se siente necesidad por él es de un modo totalmente individual. La existencia de los oficios viene determinada por la necesidad que el todo social sienta por ellos y en el Medioevo no hay, al menos colectivamente, la necesidad de alguien que se ocupe de las bibliotecas. Esta constrictión es la que provoca la ausencia de bibliotecarios. La profesión está confinada en los monasterios, larvada en las universidades, o en el mejor de los casos es una peculiaridad que muere con el que la posee, una afición casi. Vemos entonces como bajo la perspectiva orteguiana es inútil definir nuestra actividad por la presencia de reglas y normas de actuación, de asociacionismo o de una formación previa⁶. Dicha actividad no aparece hasta poco antes de que Gutenberg invente la imprenta, momento en el que la sociedad necesitó de bibliotecarios al producirse un cambio en la concepción del libro.

2. LA MODERNIDAD. EL RECHAZO A HEGEL

El Renacimiento marca un punto de inflexión en la cultura. Ni la revelación divina ni el código autocrático son ya las guías de la vida del hombre. Éste tiene que volverse hacia sí mismo, hacia su sola razón (es el «pienso, luego existo» cartesiano). Perdido Dios se espera todo de lo que el hombre pueda pensar con su mente, y ello está expresado en los libros. La necesidad que se siente hacia el texto escrito ya no es singular como en la Edad Media, sino colectiva, flota en el ambiente. Mas pese al reciente descubrimiento de la imprenta el número de libros disponibles es todavía pequeño. Importa saber de ellos, encontrarlos. Aparece así —por primera vez en la historia— una figura de bibliotecario cuya ur-

⁵ HEGEL, G. W. F., *Fenomenología del Espíritu*, VIII, El saber absoluto.

⁶ Cfr. BILLEDI, Ibolya, *op. cit.*

gencia no puede ser, por ejemplo, la catalogación. Es el tiempo del bibliotecario «cazador de libros». Esa es la tarea que la sociedad le ha encomendado.

Con el correr de los siglos el libro no va a ser solamente necesario sino imprescindible. La Revolución Francesa borra definitivamente la confianza en lo divino y autocrático. La cultura se convierte en «razón de estado» y el bibliotecario se constituye en verdadero profesional al burocratizarse.

En efecto, según la concepción de Ortega lo estatal es la expresión máxima de lo social. Aun formando sólo una parte de ella, interviene en lo colectivo cuando alguna actividad es socialmente ineludible, manteniéndola y ordenándola, oficializándola al fin. Para el ámbito de la biblioteca esto ocurre en el siglo XIX. En él el libro se hace socialmente imprescindible como fundamento de la democracia y el bibliotecario se convierte en funcionario, esto es, desarrolla una función pública, la de fomentar la lectura y poner un poco de orden en el número cada vez mayor de publicaciones que ven la luz mediante la catalogación. Estamos en efecto en el siglo del nacimiento de las bibliotecas públicas y de la biblioteconomía moderna.

Hasta aquí Ortega nos ha llevado por lo que Hegel dibujó como el desenvolvimiento del espíritu en su lucha contra la superstición y la moral ausente de universalidad que culmina con la Ilustración. La importancia concedida al Estado es de raíz igualmente hegeliana pero, si en este momento se producía para Hegel una reconciliación final gracias al lenguaje de la cultura, Ortega plantea en cambio el conflicto del mismo separándose así del pensador alemán. De este conflicto va a surgir la nueva misión del bibliotecario.

Para Ortega la cultura es necesaria para la formación individual del hombre, para que se haga finalmente humano. De un modo similar, en Hegel lo cultural implica la pérdida de la singularidad. El hombre deviene universal gracias a la cultura. De ella —representada por el Estado— recibe su realidad⁷. Naturalmente la argumentación hegeliana va mucho más allá que la que recoge Ortega, pero lo que importa es constatar cómo en la primera lo cultural no se revuelve contra el hombre sino que lo prepara para el diálogo con el otro. Olvidado Hegel, Ortega vuelve su mirada a Platón.

⁷ HEGEL, G. W. F., *op. cit.*, VI, Bi, El mundo del espíritu extrañado de sí.

3. SOLUCIÓN EN PLATÓN

En nuestra época existen demasiados libros. Su número, incluso independientemente de la calidad que posean, dificulta el proceso de la lectura y la creación de un pensamiento original. El libro y lo con él relacionado, tan imprescindible en un momento dado que debió ser institucionalizado por el Estado, se ha convertido en un peligro para la sociedad. «La cultura que había libertado al hombre de la selva primigenia, le arroja de nuevo en una selva de libros»⁸. Hombre y sociedad corren el peligro de perder su ser histórico en una vuelta al estado de naturaleza. De este modo explica Ortega el rechazo al libro en nuestra época reclamando una nueva misión para los bibliotecarios. El poco respeto a nuestra profesión se debería a no haber admitido esa función de «policías del libro» e «higienistas de la lectura». Quiere ello decir que tenemos que desarrollar las técnicas adecuadas para guiarse en la extraordinaria acumulación documental en la que vivimos y evitar que se publique lo innecesario y falte por contra lo necesario. También tenemos que poner límite a las lecturas excesivas que provocan el que no se reflexione sobre lo que se lee y, en última instancia, el que los lectores no tengan ideas propias.

Curiosamente la Atenas del siglo V vivió una polémica similar que Platón recogió en sus diálogos. Desde luego Ortega no llega tan lejos como para prescribir a los escritores las formas de expresión, pues no está pensando como Platón en la reforma del Estado a través de la enseñanza. Sólo quiere constatar que de igual modo que libros y bibliotecas facilitaron la existencia del hombre moderno, están ahora poniendo en peligro tal logro. Por eso viene a defender lo que los platónicos sin duda hubieran también suscrito: la necesidad de un filtro entre libros y lectores.

Esta certidumbre orteguiana de los riesgos que entraña el libro es de raigambre igualmente platónica. En el *Fedro*⁹ Platón realiza una crítica al texto escrito al que acusa de debilitar la memoria¹⁰ y facilitar tan sólo un saber aparential (el texto escrito es válido únicamente para aquel que conoce previamente el tema que trata). Los libros, además, pueden caer en manos inadecuadas y son incapaces de responder a las preguntas y críticas que se les realice. El logos escrito, por eso, es un logos muerto. Sólo puede tener valor como juego (aunque así para Platón tendría un

⁸ ORTEGA Y GASSET, José, *Misión del bibliotecario*, en *Obras completas*, v, 7.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1970, pp. 209-234.

⁹ 274b-279b.

¹⁰ Hay que tener en cuenta que Platón vive en una sociedad que está en la transición de la cultura oral a la escrita.

valor educativo), a no ser que se escriba en el alma, previamente se ha conocido la verdad, se es capaz de defender públicamente lo escrito y se sabe su inferioridad con respecto al discurso hablado.

Ortega comparte con Platón muchas de estas ideas, con las lógicas diferencias que dan veintitrés siglos de filosofía. Si por un lado es cierto que el lenguaje escrito, al contrario que otros lenguajes, o más correctamente, otros usos del mismo, se caracteriza por tener una finalidad, se dice mediante él algo necesario, y no como medio para llegar a un fin, el libro se ha convertido actualmente en una cuestión crematística y de prestigio. El hecho de que, por tanto, ya no sea una empresa individual, elimina la ventaja que presenta sobre la memoria humana de prestar una mayor fijeza al discurso. Hay que decir que precisamente la crítica de Platón se centraba en la duda acerca del valor del texto escrito como «elixir de la memoria».

Cabe entonces preguntarse si lo escrito es un decir vivo. Con los platónicos, Ortega va a sostener que la escritura, al menos la escritura «moderna», solamente fija los signos, los cuales se revelan tristemente vacíos al faltar la situación vital que los alumbró. En el libro verdaderamente auténtico, finalidad de algo, el lector es transportado, ha de sentir como el autor. El libro es una pasión inútil si quien lo lee no reproduce dentro de sí el momento de su creación. Para Ortega esto acontece con buena parte de la literatura de nuestro tiempo, la cual no persigue un fin, sino que constituye un medio para el enriquecimiento y/o la fama y la consideración de los colegas. Más actualmente la escritura la determinan las exigencias del curriculum.

4. SOLUCIÓN A PLATÓN

La problemática del libro es extrañamente actual. Nuria Amat en *De la información al saber*¹¹ se cuestiona ampliamente el valor y la utilidad de la explosión documental e informativa en la que hoy vivimos, dudando que sobre ella se pueda basar ningún conocimiento real. Tenemos más apariencias de sabios que sabios verdaderos. La explosión informativa no nos pone en presencia de la verdad, como diría un platónico. En conjunto, Nuria Amat constata lo mismo que Ortega nos había dicho hace cincuenta años y Platón mucho antes. El libro, y cualquier otra clase de escrito, no es indefectiblemente bueno de por sí. No es necesariamente lo mejor dejar al lector enfrentarse aisladamente con él como ocurre en las bibliotecas públicas. Entonces Platón tendría razón. El filósofo insistía en

¹¹ Madrid, Fundesco, 1990.

que se debe escribir sobre el alma, y él mismo predicó con el ejemplo al fundar la Academia, a la que al parecer dotó de una importante biblioteca. La tesis platónica sobre el libro debe entenderse en este sentido. La aproximación a él no debe hacerse sin haber recibido una formación previa, sin conocer antes la verdad o falsedad de las cosas. Sólo así se cumple la exigencia platónica de escribir sobre el alma con el conocimiento de lo verdadero. Pero hay que añadir que para Platón, como para Sócrates, la educación no consiste en introducir conocimientos en la mente, sino en señalar el camino hacia la verdad, y aquí es donde creemos que el buen libro juega su papel, como de hecho lo jugó la propia literatura de la Academia, los diálogos¹². Las bibliotecas no pueden ser entonces un centro de información u ocio sin más. Platón las habría tildado de sofistería y atacado como atacó la política y cultura de su tiempo.

La misión del bibliotecario depende de lo que el libro suponga para una sociedad dada. Si realmente para la nuestra tiene el sentido que Ortega sospechó, no tendríamos necesariamente que asustarnos de ser «guardianes» de los libros. Sin embargo ese término está cargado de un significado no deseable. Por eso tal vez sea mejor, como probablemente hubiera querido Platón, vernos a nosotros mismos como educadores, no sólo de la cosa libro o de la cosa biblioteca, sino educadores en el más amplio sentido de la palabra. También Ortega nos recomendó abandonar la administración de ambas para disponernos a actuar entre libros y lectores, ayudando así a que el primero cumpla su función. Nada más lejos, me parece, de nuestra realidad presente.

¹² Vid. PEÑALVER GÓMEZ, Patricio, *Márgenes de Platón*, Murcia, Universidad, 1986, pp. 62 ss.



LA INFORMATIZACIÓN DE FUENTES PARA LA HISTORIA DE LAS MUJERES. PROYECTO PARA LA REALIZACIÓN DE UNA BASE DE DATOS DOCUMENTAL

PROJECTE DUODA¹

I. INTRODUCCIÓN

Nuestro objetivo al presentar las experiencias de este proyecto a esta publicación profesional no es otro que el de ofrecer una oportunidad de diálogo entre usuarios y profesionales. Mostrar a quienes deben facilitarnos el acceso a los datos históricos una de las líneas actuales de investigación: *la historia de las mujeres* y compartir nuestra experiencia sobre la creación de una base de datos del tema propuesto.

El interés que creemos que puede tener exponer nuestra experiencias a través de ANABAD es precisamente que hemos trabajado con documentos muy diversos, extraídos de archivos, bibliotecas y museos de Cataluña. Hemos creado una base de datos documental que puede orientar sobre el interés de la informatización de los datos históricos y hemos cubierto un período temporal amplio: Medioevo y Edad Moderna.

Ha sido un trabajo interdisciplinar y creemos que metodológicamente interesante. Aunque no es más que un muestreo, nos ha permitido crear unas fichas tipo para documentos de archivos muy diversos, para libros antiguos y para imágenes. Asimismo hemos trabajado en la terminología archivística, especialmente en lo que se refiere a tipologías documentales, y también estamos elaborando un breve thesaurus adecuado al tema que nos ocupa.

¹ Participan en este proyecto: Montserrat Cabré, Montserrat Carbonell, Anna Domingo, María Echániz, Pere Gaviria, Conxita Gil, Margarida González, Alba Ibero, Rosa Matallí, Isabel Pérez, Josep María Perlasia, Milagros Rivera, Rosa Segarra, Anna María Simón, Roser Solé, Núria Tuset, Elisa Varela, Anna Venancio, Marta Vicente y Teresa Vinyones. Han redactado este escrito Milagros Rivera y Teresa Vinyoles y lo ha traducido al castellano María Echániz.